

LA CIENCIA Y LA FE EN CONFLICTO



José Luis Guzmán,
Catedrático de Filosofía
en San Juan Bosco,
1985

«Bertrand Russell (1872-1970) uno de los filósofos contemporáneos que con mayor rigor argumentó en no hay «verdades» válidas para afirmar «finalmente» la existencia de Dios («¿Por qué soy cristiano?»). La supuesta racionalidad de la fe se alimentó en tiempos pasados y sigue manteniendo todavía el carácter de una contradicción insuperable entre ciencia y fe. El autor describe cómo se ha llegado a este punto en la cultura actual».

EN el pensamiento occidental se ha venido diciendo repetidamente, de formas muy variadas, que no hay lugar para Dios, que Dios es «una hipótesis inútil» (P. S. Laplace), o incluso dañosa (J. Huxley) para el hombre. En el corazón de la modernidad, I. Kant concluye que no hay lugar para Dios en su «Crítica de la Razón Pura» y lo confina en la «Crítica de la Razón Práctica». La ley «mitológica» de los «tres estadios» de alguna manera habría sellado, de modo irreversible, el nacimiento de una fase en la historia del pensamiento cuyo culmen es la superación de los estadios teológico y metafísico y, como consecuencia, la afirmación de la inutilidad de la hipótesis de Dios. El neopositivismo y el empirismo lógico, entre otras corrientes, se habrían constituido durante buena parte de este siglo en los albaceas de los intereses de la ciencia.

Para buena parte de los autores del Círculo de Viena (Popper y otros), quintaesencia de esta perspectiva reduccionista («posición heredada»), el ideal de saber era una «ciencia unificada», clara y nítida («claridad y distinción») que tuviera en la base un lenguaje universal. Eran partidarios de una ciencia de superficie, conscientes de que todo debía ser accesible a la mirada del hombre y todo era susceptible de ser convertido en enunciados. La tarea de la conciencia sería la de clarificar problemas y enunciarlos a través de un método de análisis lógico. La ciencia se convierte así en el único modo significativo de acceso a lo real. A partir de ahora, será empirista y positivista y su primer interés será preguntarse por los fundamentos de la aritmética, geometría, física, biología, psicología y, finalmente, por los problemas sociales. El resto de las preguntas que el hombre pudiera hacerse son irrelevantes y/o insignificantes.

Hay que reconocer que buena parte de la crítica a la fe en Dios y a la religión por parte de la ciencia tenía un sólido fundamento en algunas manifestaciones religiosas depauperadas. Un Dios que viene a solucionar la insuficiencia de las fuerzas humanas, un Dios fiel proyección de nuestras pulsiones, un Dios «factotum» o «dapa-agujeros» no podía ser interlocutor válido en un diálogo con la ciencia, que había proclamado desde la Ilustración su «mayoría de edad» (I. Kant). Noblesse oblige.

EQUIVOCO DE FONDO

Pero es en ciertas críticas que algunos científicos elevaron a la filosofía y a la teología donde se esconde un equívoco no pequeño, cuyo análisis nos revela luz sobre el tema. El equívoco al que me refiero es la confusión que se ha dado entre «espíritu científico» y «cientismo».

Por «cientismo» entiendo la asimilación de todas las ciencias a ciencias positivas. Quienes se embarcaron en esta empresa se vieron obligados a una reducción subrepticia y acrílica de la «realidad» a «realidad empírica» y, consiguientemente, del «saber» a «saber empírico». Concebidas así las cosas, el único saber con capacidad de «dar cuenta» de las cosas, el único conocimiento verdadero, era el saber científico. Ni el saber ordinario ni el filosófico ni, por supuesto, el teológico gozaban de relieve alguno. De este modo, la ciencia no dejaba... (no podía dejar) espacio a la teología, a Dios. El método científico había acaparado la racionalidad entera: «Sólo es racional lo científico. Lo demás será —lo piensan algunos, no todos— excelso, quizá maravilloso y sublime: sentimiento trágico, sentimiento estético, poesía. Pero no será conocimiento racional; no será conocimiento del mundo, conocimiento de verdades objetivas. No será información veraz sobre lo que las cosas son» (A. Pérez de Laborda).

Este mito de la ciencia omnisciente, como todos los mitos, tuvo una creencia sustentadora. Durante mucho tiempo se creyó y en buena medida se cree (todavía quedan creídos y creyentes) en la neutralidad de la ciencia (en el plano ontológico y axiológico). La ciencia es la única disciplina capaz de apoyarse en hechos verificables, es transparente y no va a las cosas con «pre-comprensiones» (juicios previos).

En honor a la verdad hay que decir que ni toda la ciencia se amparó en esta perspectiva reduccionista ni siempre, como consecuencia, las relaciones fueron tan tensas. Con todo, en estos últimos años, los paradigmas científicos emergentes son más propicios al diálogo. De ellos me ocuparé en el siguiente artículo. ■